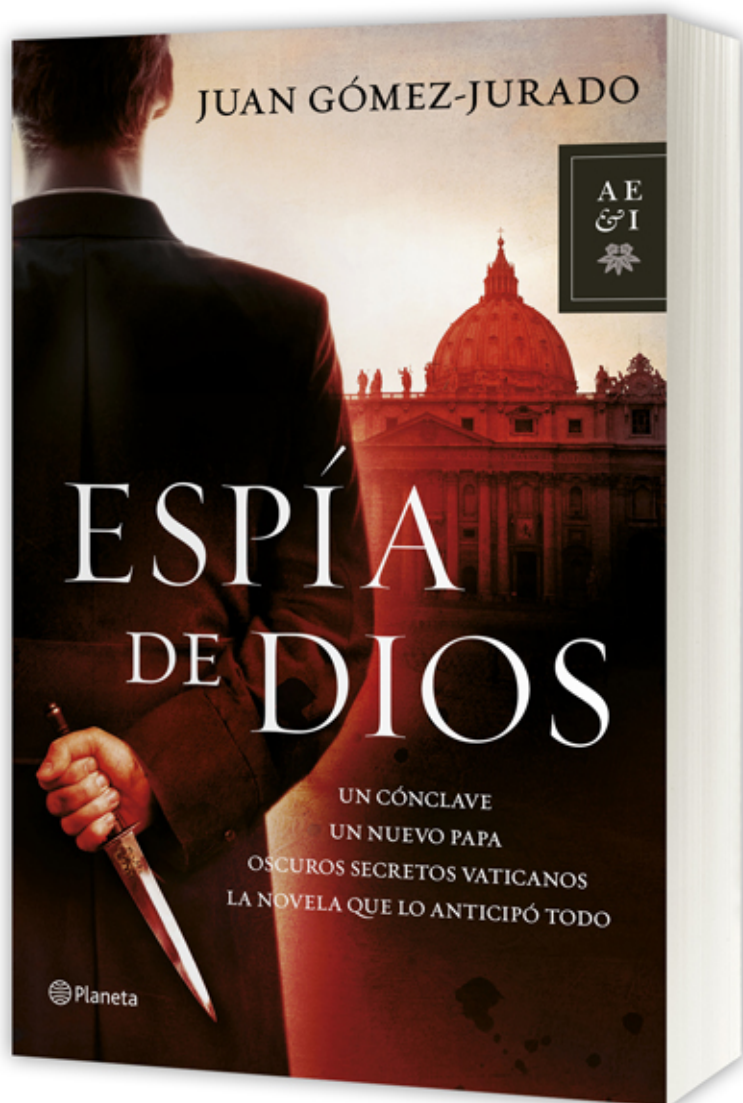


Fragmento

## Espía de dios

Juan Gómez-Jurado



Un cónclave, un nuevo papa, oscuros secretos vaticanos  
La novela que lo anticipó todo

*A Katu,  
por ser la luz de mi vida*



JARDINES  
DEL VATICANO

CORTILE  
DEL BELVEDERE

PALAZZO DEL  
GOVERNATORATO

CAPILLA  
SIXTINA

BASÍLICA  
DE SAN PEDRO

SACRISTÍA  
DE SAN PEDRO

DOMUS  
SANCTAE MARTHAE

PALA  
SANT

SALA DE AUDIEN  
Y SALA DE PRE

RESIDENZA  
MADRI PIE



CORPO  
DE VIGILANZA

HOTEL  
ATALANTE

PUERTA DE  
SANTA ANA

SANTA MARIA  
IN TRASPONTINA

PLAZA DE  
SAN PEDRO

VIA DELLA CONCILIAZIONE

CIO DEL  
O OFICIO

CIAS  
NSA

CIUDAD DEL VATICANO

Y ALREDEDORES

Con los más importantes lugares descritos en

ESPÍA DE DIOS

*«... et tibi dabo claves regni caelorum.»*

MATEO (16: 19)

## PRÓLOGO

---

INSTITUTO SAINT MATTHEW  
(CENTRO PARA REHABILITACIÓN DE SACERDOTES  
CATÓLICOS CON HISTORIAL DE ABUSOS SEXUALES)

Silver Spring, Maryland

*Julio de 1999*

*El padre Selznick despertó en mitad de la noche con un cuchillo de pescado en la garganta. Cómo consiguió Karoski un instrumento cortante es, aún hoy, un misterio. Lo había afilado con el borde de una baldosa algo suelta de su celda de aislamiento durante noches interminables.*

*Aquella fue la penúltima vez que consiguió salir del estrecho habitáculo de tres por dos, deshaciéndose de la cadena que le unía a la pared con una mina de bolígrafo.*

*Selznick le había insultado. Tenía que pagar por ello.*

*—No trates de hablar, Peter.*

*La mano firme y suave de Karoski le cubría la boca mientras el cuchillo acariciaba la barba incipiente de su hermano de sacerdocio; arriba y abajo, como una parodia macabra de afeitado. Selznick le miraba paralizado de terror, con los ojos muy abiertos, los dedos crispados en el borde de las sábanas, notando el peso del otro sobre él.*

*—Sabes a qué he venido, ¿verdad, Peter? Parpadea una vez para decir «sí» y dos para decir «no».*

*Selznick apenas reaccionó, hasta que notó que el cuchillo de pescado interrumpía su baile. Parpadeó dos veces.*

—Tu ignorancia es lo único que consigue enfurecerme aún más que tu descortesía, Peter. He venido para oír tu confesión.

Un breve destello de alivio cruzó la mirada de Selznick.

—¿Te arrepientes de haber abusado de niños inocentes?

Un parpadeo.

—¿Te arrepientes de haber mancillado tu ministerio sacerdotal?

Un parpadeo.

—¿Te arrepientes de haber escandalizado a tantas almas, defraudando a Nuestra Santa Madre Iglesia?

Un parpadeo.

—Y por último, y no menos importante, ¿te arrepientes de haberme interrumpido hace tres semanas en la terapia de grupo, retrasando con ello considerablemente mi reinserción social y mi vuelta al servicio de Dios?

Un fuerte, intenso parpadeo.

—Me alegra ver tu arrepentimiento. Sobre los tres primeros pecados, te impongo una penitencia de seis padrenuestros y seis ave-marías. Sobre el último...

A Karoski no le cambió la expresión en sus fríos ojos grises, pero alzó el cuchillo y lo puso entre los labios de su aterrorizada víctima.

—Oh, Peter, no te imaginas lo que voy a disfrutar con esto...

Selznick tardó casi cuarenta y cinco minutos en morir, y lo hizo en forzado silencio, sin alertar a los celadores que vigilaban a treinta metros de allí. Karoski volvió solo a su celda y cerró la puerta. A la mañana siguiente, el asustado director del Instituto lo encontró allí sentado, cubierto de sangre reseca. Pero esa imagen no fue lo que más perturbó al viejo sacerdote.

Lo que le trastornó por completo fue la fría, absoluta, lógica despreocupada con la que Karoski le pidió una toalla y una palan-gana, porque «se había manchado».

## *DRAMATIS PERSONAE*

### **Sacerdotes**

ANTHONY FOWLER, ex oficial de Inteligencia de la Fuerza Aérea. Estadounidense.

VIKTOR KAROSKI, sacerdote y asesino en serie. Estadounidense.

CANICE CONROY, ex director del Instituto Saint Matthew. Fallecido. Estadounidense.

### **Altos cargos civiles en el Vaticano**

JOAQUÍN BALCELLS, portavoz del Vaticano. Español.

GIANLUIGI VARONE, juez único de la Ciudad del Vaticano. Italiano.

### **Cardenales**

EDUARDO GONZÁLEZ SAMALO, camarlengo. Español.

FRANCIS SHAW, estadounidense.

EMILIO ROBAYRA, argentino.

ENRICO PORTINI, italiano.

GERALDO CARDOSO, brasileño.

Otros 110 cardenales.

### **Religiosos**

Hermano FRANCESCO TOMA, carmelita. Párroco de Santa Maria in Traspontina.



Hermana HELENA TOBINA, directora de la Domus Sancta Marthae. Polaca.

### **Corpo di Vigilanza dello Stato della Città del Vaticano**

CAMILO CIRIN, inspector general.

FABIO DANTE, superintendente.

### **Polizia Italiana**

#### **(Unità per l'Analisi del Crimine Violento, UACV)**

PAOLA DICANTI, inspectora y doctora en psiquiatría. Responsable del Laboratorio de Análisis del Comportamiento (LAC).

CARLO BOI, director general de la UACV y jefe de Paola.

MAURIZIO PONTIERO, subinspector.

ANGELO BIFFI, escultor forense y experto en imagen digital.

### **Civiles**

ANDREA OTERO, enviada especial del diario *El Globo*. Española.

GIUSEPPE BASTINA, mensajero de Tevere Express. Italiano.

NOTA DEL AUTOR: Casi todos los personajes del libro están inspirados en personas reales. Esta historia es de ficción, pero muy cercana a la realidad en cuanto al modo de funcionamiento interno del Vaticano y el Instituto Saint Matthew, un lugar real (aunque con otro nombre) cuya propia existencia causa pavor, y del que nada se sabe en España. Tal vez lo más inquietante de esta novela no sean los hechos que narra, sino que *podrían* ser ciertos.

## PALACIO APOSTÓLICO

*Sábado, 2 de abril de 2005. 21.37*

El hombre de la cama dejó de respirar. Su secretario personal, monseñor Stanislaw Dwisicz, que llevaba treinta y seis horas aferrado a la mano derecha del moribundo, rompió a llorar. Los médicos de guardia tuvieron que apartarle con violencia y dedicaron más de una hora a intentar recuperar al anciano. Fueron mucho más allá de lo razonable. Mientras comenzaban una y otra vez el proceso de reanimación, todos ellos sabían que debían hacer todo lo posible, y aun más, para tranquilizar sus propias conciencias.

Los aposentos privados del Sumo Pontífice hubieran sorprendido a más de un observador desinformado. El gobernante ante quien se inclinaban con respeto los líderes de las naciones vivía en un espacio de pobreza total. Su habitación era una estancia austera hasta lo indecible, con las paredes desnudas salvo por un crucifijo y el mobiliario de madera lacada: una mesa, una silla y un humilde lecho. Este último había sido sustituido en los últimos meses por una cama de hospital. Junto a ella los enfermeros se afanaban por reanimarle, mientras gruesas gotas de sudor caían sobre las sábanas de blanco inmaculado. Cuatro monjas polacas las cambiaban tres veces al día.

Finalmente, el doctor Silvio Renato, médico personal del Papa, detuvo el inútil esfuerzo. Con un gesto ordenó a los enfermeros que cubrieran el viejo rostro con un velo

blanco. Pidió a todos que salieran, quedando solo junto a Dwisicz. Redactó el certificado de defunción allí mismo. La causa de la muerte estaba más que clara, un colapso cardiovascular, agravado por la inflamación de la laringe. Tuvo dudas a la hora de escribir el nombre del anciano, aunque finalmente escogió su nombre civil, para evitar problemas.

Tras extender y firmar el documento, el doctor se lo tendió al cardenal Samalo, que acababa de entrar en la habitación. El purpurado tenía la penosa tarea de certificar oficialmente la muerte.

—Gracias, doctor. Con su permiso, procedo.

—Es todo suyo, Eminencia.

—No, doctor. Ahora es de Dios.

Samalo se acercó, despacio, al lecho de muerte. A sus setenta y ocho años había pedido al Señor muchas veces no ver este momento. Era un hombre tranquilo y reposado, y sabía de la pesada carga y las múltiples responsabilidades y tareas que ahora recaían sobre sus hombros.

Miró el cadáver. Aquel hombre había llegado a los ochenta y cuatro años superando un balazo en el pecho, un tumor en el colon y una complicada apendicitis. Pero el parkinson le debilitó día a día de tal manera que su corazón, finalmente, no resistió más.

Desde la ventana del tercer piso del palacio, el cardenal podía ver cómo casi doscientas mil personas abarrotaban la plaza de San Pedro. Las azoteas de los edificios circundantes estaban atestadas de antenas y cámaras de televisión. «Dentro de poco serán aún más —pensó Samalo—. La que se nos viene encima. La gente le adoraba, admiraba su sacrificio y su voluntad de hierro. Será un golpe duro, aunque todos lo esperaran desde enero... y no pocos lo desearan. Y luego está el otro asunto.»

Se oyó ruido junto a la puerta, y el jefe de seguridad del Vaticano, Camilo Cirin, entró precediendo a los tres cardenales que debían certificar la muerte. Se notaban en sus caras la preocupación y el sueño. Los purpurados se acercaron al lecho. Ninguno apartó la vista.

—Empecemos —dijo Samalo.

Dwicz le acercó un maletín abierto. El camarlengo levantó el velo blanco que cubría el rostro del difunto y abrió una ampolla que contenía los santos óleos. Comenzó el milenario ritual en latín:

—*Si vives, ego te absolvo a peccatis tuis, in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti, amen.*<sup>1</sup>

Samalo trazó la señal de la cruz sobre la frente del difunto y agregó:

—*Per istam sanctam Unctionem, indulgeat tibi Dominus a quidquid... Amen.*<sup>2</sup>

Con gesto solemne, invocó la bendición apostólica:

—Por la facultad que me ha sido otorgada por la Sede Apostólica, yo te concedo indulgencia plenaria y remisión de todos los pecados... y te bendigo. En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo... Amén.

Tomó un martillo de plata del maletín que le tendía el obispo. Golpeó suavemente tres veces en la frente del muerto con él, diciendo después de cada golpecito:

—Karol Wojtyła, ¿estás muerto?

No hubo respuesta. El camarlengo miró a los tres cardenales que estaban junto a la cama, quienes asintieron.

—Verdaderamente, el Papa está muerto.

1. Si vives, yo te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

2. Por esta santa unción te perdone Dios los pecados que puedas haber cometido. Amén.

Con la mano derecha, Samalo le quitó al difunto el anillo del pescador, símbolo de su autoridad en el mundo. Con la derecha volvió a cubrir el rostro de Juan Pablo II con el velo. Respiró hondo y miró a sus tres compañeros.

—Tenemos mucho trabajo que hacer.